

ANTONIO REYES

CUANDO
VENGAS A
BUSCARME



ANTONIO REYES

CUANDO
VENGAS A
BUSCarme

Primera edición: enero 2018

ISBN: 978-84-1317-134-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Reyes

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: proporcionado por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

“Ustedes, los que tienen un corazón, tienen algo que los guía y no necesitan equivocarse. Pero yo no lo tengo y por eso debo cuidarme mucho. Cuando Oz me de un corazón, entonces ya no me preocuparé tanto”.

**(El hombre de hojalata).
“El maravilloso mago de Oz”.**

“Cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando”.

Rabindranath Tagore

1

Quizá las fuerzas invisibles que controlan los designios del mundo podrían dar un respiro y, por un día, otorgar la libertad necesaria a aquellas personas que aún tienen cuentas pendientes para rectificar lo que ocurrió en algún momento concreto de sus vidas. Ese «te quiero» que nunca dijimos, aquel beso que dejamos escapar por cobardía o aquella despedida en un andén que jamás debió ser tal, sino un «quédate para siempre».

Por la cabeza de Israel pasó la idea de dar la espalda al punto y final de la historia de Paula por miedo a una realidad que le golpeaba con toda su crudeza. Cualquier persona pensaría que lo más sensato hubiera sido estar a su lado desde que todo se supo, aunque puede que sus ausencias no fuesen más que huidas, un no querer enfrentarse al destino escrito desde hacía tiempo y que ahora se apostaba ante él como un muro infranqueable.

Comenzó a pensar que tenía parte de culpa en lo que estaba a punto de ocurrir.

El taxi se detuvo frente a la entrada del hospital con una estridente frenada que sobresaltó a quienes, saltándose todas las normas sanitarias, fumaban un cigarrillo intentando pasar desapercibidos de las miradas indiscretas. El taxista le concedió un voto de confianza, esperanzado en que la premura con la que abandonó el vehículo estuviese justificada y regresase a pagar el servicio. Corrió como jamás antes lo había hecho y las pocas personas que a esa hora de la noche suplicaban por la pronta recuperación de algún

enfermo, comenzaron a teorizar sobre los motivos por los que casi tropieza con una señora. Se disculpó y continuó corriendo.

A pesar de estar a las puertas del verano, las nubes descargaban de forma agresiva una implacable tormenta sobre la ciudad que ya dormía a esas horas. La noche era tan oscura que, de no ser por el calor en el ambiente, no resultaría complicado imaginar que aquel era un hospital londinense en un día cualquiera de otoño. Y, como si la superstición que un gato negro lleva consigo sacudiese su espalda, tembloroso pronosticaba lo que estaba a punto de ocurrir. Aquella aura diabólica que lo envolvía todo estaba a punto de materializar su trágica fama. Jamás la oscuridad trajo consigo buenas noticias.

Preguntó por la habitación: 326. No esperó la llegada del ascensor. Subió las escaleras de dos en dos, de tres en tres. Sus pies casi no tocaban los peldaños. Embocó un largo y solitario pasillo que crecía a cada paso, un corredor que aumentaba la distancia de forma tenebrosa. Al llegar se detuvo con los brazos abiertos, apoyando sus manos en el marco de la puerta ante la mirada de sorpresa de todos los que rodeaban la cama. Su madre, que no tenía esperanza alguna en que llegara a tiempo, rompió a llorar mientras se abalanza sobre él con los brazos extendidos. Abrazó a su hijo y le apretó con fuerza contra ella. Respondió tembloroso a ese gesto de terror mientras imaginaba que no haber llegado a tiempo para decirle adiós era el peor de los finales. Su padre permanecía sentado junto a la cama, cogiendo con firmeza la mano de Paula. Se derrumbó sobre la barandilla protectora derrotado por las lágrimas y los lamentos. Estalló como si llevase días aguantando esa explosión de rabia que inundaba la profundidad de su alma. El buen hombre, el gran padre, se deshizo en lamentos ante lo inevitable. Nunca lo vio llorar. Si acaso, triste y dolorido por el irrefrenable final al que su hija estaba abocada. Pero jamás mostró ese dolor en público. No se podía permitir el lujo de que nadie se contagiase de su amargura. Debía mostrarse acerado para no contagiar la pena que corría por su

torrente sanguíneo. Ocultó sus lágrimas para exponerse siempre como un padre fuerte, capaz de llevar sobre sus hombros el lamento escondido que martirizaba su espíritu paternal y que ahora se desbordaba como un vaso repleto de desamparo y angustia.

Un halo de tristeza y dolor envolvía la escena y hacía que el aire fuese espeso, como un plomizo manto de resignación sobre quienes sabían que ese momento llegaría sin remedio. Las paredes rezumaban historias de esperanza, de ilusión, pero sobre todo, de miedo. Observó por encima del hombro de su madre al resto, tíos y demás familia que no podían, que no debían estar en otro lugar más que en aquella desangelada habitación de hospital. Los sanitarios habían desconectado y retirado el instrumental que controlaba el ritmo cardíaco de Paula. Nada se podía hacer ya por alargar su vida. Continuar con su sufrimiento se antojaba inhumano. La mano del hombre, todo el conocimiento acumulado durante la historia de la medicina, los descubrimientos revolucionarios de nuevos fármacos, no fueron suficientes para otorgar a su hermana un pequeño rayo de esperanza. El respirador al que estaba conectada descansaba en una esquina, resignado, dolido por no haber logrado su propósito. Quizá en otra ocasión, con otro paciente, con otra vida que se aproximase a su último minuto.

Un día se desplomó ante ellos sin haber mostrado hasta ese momento ningún signo de que algo iba mal. En pleno despertar de su primavera vital, le diagnosticaron una de esas enfermedades raras, huérfanas de interés y de medios para combatirlas. Raras porque, comparando las cifras de otros trastornos, el número de pacientes es mucho menor. Pero, sobre todo, raras, raras y huérfanas, porque las farmacéuticas no tienen ningún interés en investigar su curación. ¿Acaso es comprensible que el hombre haya sido capaz de crear complejos mecanismos de la nada y, sin embargo, no busque el conocimiento necesario para reestablecer el buen funcionamiento de un cuerpo humano deteriorado por estos trastornos? Ninguno de ellos lograba comprender por qué derrochamos más medios en la investigación

de robots que en curarnos nosotros mismos. ¿Acaso andamos enfrascados en la búsqueda de máquinas perfectas que nos sustituyan cuando hayamos desaparecido de la faz de la Tierra? La raza humana es la única que permite y promueve la destrucción de su entorno, de su casa, sus alimentos, sus ríos y que se elimina unos a otros sin la necesidad de hacerlo para comer. Israel era consciente de que las empresas farmacéuticas no estaban para salvar vidas, sino para hacer negocio. Paula era la prueba de ello y su único destino posible siempre fue un «Lo siento, no podemos hacer nada más por ella» que retumbaba por los pasillos del hospital como un estribillo mecánico que se repetía una y otra vez en los oídos de los allí presentes. Nadie culpó a los facultativos que entregan sus vidas en luchar por los desarreglos de unos cuerpos mal creados por la naturaleza. Dar la terrible noticia del final de una vida, con sus historias, sus vivencias, sus alegrías y sus penas, debía ser el peor trago de una profesión admirada por todos.

Su familia le saludaba de forma lastimera, apretando los labios, mostrando su pesar por la inevitable pérdida. El hermano mayor de su padre, con el que llevaba varios años sin cruzar palabra por un tenso debate sobre los motivos del divorcio de su hija, le dio unas palmaditas en la espalda. No fue capaz de ofrecerle un abrazo. Ni siquiera le miró a los ojos. Guardaba las distancias, como un perro temeroso que no se acerca a las manos que le ofrecen un mendrugo de pan. El resto le besaba y humedecían sus mejillas con lágrimas. Durante un segundo se preguntó qué hacían allí. Suponía que era lo que se esperaba de los seres queridos, que nos acompañen en momentos difíciles y dolorosos. Tragó saliva para no recordarles a cada uno de ellos las muchas ocasiones en las que su hermana se quedó esperando una llamada cuando pasó por una de sus múltiples crisis. Una ráfaga de ira le envolvió y a punto estuvo de desahuciarlos a todos de la habitación. Se contuvo, pero con mucho gusto los hubiese echado de allí con una cariñosa patada en el culo. Paula estaría de acuerdo con ese modo de

proceder. Puede que incluso se animase a participar del desalojo de aquellos ocupas del dolor ajeno.

Pero ella solo podía oír, imaginarse la escena que pasaba por la cabeza de su hermano mientras observaba unas manchas en el techo de la habitación. Sabía que había llegado el final, lo sentía cerca. El barquero lo tenía todo listo para llevársela con él y Paula llevaba desde hacía días en sus manos las monedas para el peaje. Notaba cómo, poco a poco, su cuerpo se iba quedando vacío, desistiendo ya de agarrar con fuerza su alma para que no la abandonase hasta poder despedirse de él.

Israel sacó fuerzas de donde pudo y se acercó a la cama. Aquella no era Paula. No, imposible. Ese no podía ser el rostro vivaracho y centelleante que tenía grabado a fuego en su retina. Ni siquiera eran sus manos las que intentaron agarrar las suyas. Una armadura demacrada de hueso fácilmente visible y una piel pálida como un rostro espantado, parecían no contener ya su fuerza vital. Le ofreció por fin una tímida sonrisa, una dolorosa mueca permitida por el diminuto hilo de energía al que su tundido cuerpo podía recurrir. Ese fue su gesto de bienvenida tras todo el tiempo sin verse. Demasiado para dos hermanos que, a pesar de la distancia de los últimos meses, no podían sobrevivir el uno sin el otro. Por un momento, Israel se maldijo por haber permitido que el tiempo pasase entre ellos como una ola desmedida que impedía que se tocasen.

Odió verla en este estado, yacente sobre unas sábanas toscas como el asperón, tirada como un vulgar trozo de madera carcomido por el agua y el tiempo, apagada como esa foto antigua que duerme en un polvoriento desván y que perdió el brillo de antaño. Nadie debería ser consciente del momento en el que la muerte está lista para recogerte en sus fríos brazos y llevarte con ella para siempre. Quizá morir solos sería una buena opción, que nadie nos viese marchar. El dolor que produce ver cómo se apaga nuestra luz es un recuerdo terrible y doloroso que estará por siempre en la memoria de quienes se quedan aquí para continuar con sus vidas, ya sin la persona que se va. Morir solos

y quedarnos solos, como aquel poema, ese «contraste de vida y misterio, de luz y tinieblas». Irnos con la inevitable compañía de los recuerdos propios de nuestro tibio paso por este mundo. Solos, sin más visión que el reflejo de las miradas de quienes estuvieron siempre a nuestro lado. Solos, como un refugiado en tiempos de guerra que deja atrás a su familia y marcha en busca de esperanza lejos de las ruinas, de los vestigios de una vida truncada por la sinrazón y que como abrigo, no recibe más que vallas construidas por quienes deberían ayudarlo. Solos, como el morador anónimo que descansa en esa tumba olvidada de un cementerio a la que hace décadas que nadie lleva flores y que el tiempo se ha encargado de ennegrecer.

La soledad del último viaje, esa amante que nos acompaña en vida y a la que en muchas ocasiones acudimos buscando descanso y respuestas, puede ser la mejor compañera en el último adiós de esta deshilachada vida terrenal. El retiro que jamás permitimos que nadie ultraje, la misma fiel compañera que está siempre que la necesitamos. La soledad es testigo muda de nuestros pensamientos más profundos, las frases dichas en voz alta suplicando ser rescatados de nuestros lamentos por un ente salvador, por un alma que se apiade de nuestros pesares.

Ninguno de los dos hermanos dijo nada. Solo se miraron y sonrieron, teatralizando un final pronosticado por la ciencia. Él sintió unos deseos irrefrenables de estallar en un llanto doloroso para que Paula, como siempre lo había hecho, le consolase tomando sus manos y le acariciase la mejilla mientras sonreía. Entre ellos sobran las palabras en los momentos más importantes. Como dos amantes conocedores de lo que el otro necesita en cada momento, aprendieron a comunicarse con las miradas. Lo suyo era pura química, ese lazo invisible que conecta entre sí a todos los organismos vivos del universo y los envuelve en un aura de luz cegadora. Eran el viento y las nubes, el mar y la playa, la noche y las estrellas, la luna y los poetas románticos. A pesar de la distancia, ninguno era nada sin el otro. Se esculpieron mutuamente con el cincel más hermoso que el

hombre posee, guiado por el sabio conocimiento del amor entre dos hermanos.

Paula no quería marcharse sin antes despedirse y él era consciente del enorme esfuerzo que supuso no bajar los brazos hasta verle por última vez. Ahí estaba, a su lado, como cuando empezó a dar sus primeros pasos cogida de su mano, una mano tres años mayor que la suya. Una mano que siempre estaba para acariciar su pelo antes de ir a dormir, que la agarraba para correr los dos juntos por el campo, que limpió más de una lágrima vertida por desamor. La memoria de Israel comenzó a derramar miles de imágenes de la niñez que le provocaron un inmenso nudo en la garganta. La respiración se entrecortaba y sus manos temblaban sin poder hacer nada por detenerlas.

Con un movimiento lento de cabeza, ella le pidió que se acercase.

—Sabía que llegarías a tiempo. Siento mucho que tengas que verme así—. Le costaba trabajo escuchar sus palabras. Él respondió de igual manera, hablándole al oído con suavidad, calmado.

—No digas tonterías. Tu cuerpo está tan bien como siempre. Quizá necesites un toque de maquillaje por aquí y una buena sesión de peluquería, pero nada más —respondió apartando un mechón de pelo de sus ojos—. Así que hazme un favor. Recupérate cuanto antes porque tenemos muchas cosas por hacer. Y sabes que yo solo no puedo —continuó con los ojos inundados por unas lágrimas deseosas de derramarse delante de todos. Paula se dio cuenta al instante de que mentía como un bellaco, como un hermano suele mentir por una hermana cuando necesita consuelo.

Un amago de carcajada muda le provocó un ataque repentino de tos. Su padre se incorporó para acercarle un vaso de agua que ella rechazó con dulzura.

—Claro que podrás, siempre lo has hecho. Has sido capaz de hacer mil y una cosas solo, sin ayuda de nadie —replicó con un hilo de voz temblorosa.

Volvió a sonreír. Sabía cómo actuaba su hermano ante cualquier situación en la que ella se sentía comprometida. Aquel momento no iba a ser diferente.

—Nunca has sabido mentir. Te tiembla la nariz cada vez que lo haces. Además, siempre desvías la mirada y ese gesto te delata, tonto —. Jamás escuchó su voz tan dulce. Tragó saliva e intentó mantener la compostura. Todos guardaban silencio, observando compungidos el diálogo entre ellos.

La hubiese abrazado con todas sus fuerzas para que la enfermedad no la llevase de su lado. Estaba dispuesto a quedarse para siempre con ella, no volver a marcharse jamás, a pesar de que su última página llevaba tiempo escrita.

Paula comenzó a respirar con dificultad. Notó que había llegado su hora y apretó su mano con todas las fuerzas que aún le permitía su maltratado cuerpo. Tenía algo que decirle y esperó con paciencia a que su respiración volviese a la normalidad. Tiró de él y puso su oído junto a sus labios.

—Búscame, búscame y no pares hasta dar conmigo. Sabes que tenemos mucho que contarnos todavía. Nos queda una última charla pendiente, esa que nunca hemos sido capaces de tener. Búscame, Israel, búscame.

Se incorporó sin entender muy bien lo que esas palabras querían decir. Tenía los ojos abiertos, sin luz. El color rosáceo característico de sus labios había desaparecido. La esencia, el olor, el brillo cegador que la acompañó toda su vida se habían marchado, viajando entre recuerdos fugaces de los que observan la escena en un segundo plano. Ocurre con todos a la hora de marcharnos para siempre. La naturaleza no permite que nos despedamos de los nuestros con un gesto dulce que sea recordado para siempre. Nos arranca la vida y solo deja un cuerpo demacrado, lúgubre. No nos regala una última mueca que sea recordada con belleza. El dolor se convierte en la música de la despedida. Su último aliento le hizo sentir solo al instante, como si un soplo de aire le hubiese arrancado toda la alegría de un plumazo.

Alguien avisó a los facultativos. Una enfermera entró a toda velocidad, tomó el pulso a Paula y abandonó la habitación con premura. Israel escuchó cómo un grupo de doctores se acercaba susurrando algo que no consiguió desvelar. Entraron y hablaron con sus padres. No les prestó atención, no quiso saber nada más de lo que ocurría allí dentro. Sitió que no quería estar junto a un cuerpo que ya no protegía el alma de su hermana.

A las once y treinta y cinco minutos, Paula se marchó para siempre. Las lágrimas se apoderaron de la habitación. Todos lloraban y abrazaban a los angustiados padres, destrozados por ser incapaces de aceptar que jamás volverían a ver a su hija. De pie frente a una ventana del pasillo, su otro hijo observaba la oscuridad de la noche, más tenebrosa que ninguna otra, más noche que nunca. Recordó al taxista. El vehículo ya no le esperaba. Supuso que no vio necesario cobrar la carrera. De alguna manera, la sinrazón y la tristeza salieron por la ventana y le contaron al oído la escena vivida en esa habitación de hospital.

Una parte importante de Israel huyó con Paula aquella noche. Dudó que algún día pudiera recuperar el espacio que tenía reservado en su interior para las cosas dulces. Se lo arrancó sin piedad y se envolvió en él para su último viaje.

«Búscame, Israel, búscame».

Aquellas palabras resonaban en su interior una y otra vez, como el eco lejano del tañido de una campana que vuela entre unas calles vacías de vida.

En la sala de espera, fría y silenciosa como cualquier sala de espera de cualquier otro hospital de cualquier ciudad del mundo, algunos de los amigos más cercanos de la difunta intentaban asimilar con la respiración entrecortada y sus miradas perdidas en el suelo de baldosas beige, lo que pensaban que de forma irrefrenable estaba a punto de ocurrir. No había halo de esperanza alguna, ni en sus palabras, ni en sus ojos. Hablaban en pasado al recordar alguna anécdota vivida con la moribunda. Sonreían levemente, pero al instante regresaban al silencio. Nunca había visto tantos

ojos buscando respuestas en el frío suelo de un hospital, cuando lo habitual era levantar la vista al cielo suplicando un último remedio. Israel pudo intuir los lamentos resignados sin eco. Algunos parecían querer decir algo, pero temblaban y maldecían para sí sin sonido alguno. Cuántas historias de padecimiento permanecían adheridas a esas paredes, frías como el olvido.

Al verlo entrar con el rostro desencajado y triste, comprendieron lo ocurrido.

Se consolaban unos a otros y lloraron. Alguno se acercó y le regaló un sentido «lo siento», al que Israel respondió apretando los labios y asintiendo con levedad. No levantó la mirada. Permanecía sentado con las manos en los bolsillos. Miró sus pies mientras los movía de un lado para otro. No había palabras, solo sollozos. Desde el fondo del pasillo llegó el llanto roto de su madre. Levantó la mirada y observó a todos. Pocos se fijaban en él. De repente, el silencio se apoderó de la sala, permitiendo solo ciertos desgarros en los susurros de consuelo para las amigas más cercanas de Paula.

Se barruntaba una época oscura. Sus padres se abrazaban hasta cortarse la respiración. Un familiar les acariciaba la espalda, un gesto inútil que no conseguía calmar el dolor de la partida de su hija. Dos doctores les consolaron y lograron hablar con ellos en la escasa confidencialidad del corredor. Asintieron levemente, dando a entender que comprendían las palabras de los hombres de bata blanca. El padre se marchó con uno de ellos y se perdieron tras una puerta. El doctor parecía tener algo de prisa. Cinco minutos más tarde, regresaron a la habitación con dos auxiliares. El cuerpo sin vida de su hija abandonaba con cierta prisa la habitación cubierto con una sábana.

El eco de sus palabras taladraba su mente como el epitafio de un adiós. Lo que parecía ser el último deseo de su hermana era un misterio para él.

Hay momentos en los que la vida, por mucho que algunos se empeñen en demostrar lo contrario, nos demuestra que no es perfecta. Pero, ¿acaso lo ha sido alguna vez?

Quizá somos nosotros los que deberíamos buscar ese camino de perfección, gritando contra todo cuando así lo sentimos y llorando sin vergüenza de que alguien nos vea. Puede que así y solo así, consigamos entre todos hacer de este mundo un lugar algo más llevadero.

El problema era que no podría serlo sin Paula e Israel no sabía gritar ni llorar ante nadie.

«Búscame, Israel, búscame».